

El Mapu ha muerto. ¡Viva el Mir!

COMENTARIO en lanzamiento del libro "MAPU o la seducción del poder y la juventud", de Cristina Moyano B

Por Eugenio Tironi

18.05.2009

En septiembre de 2005, cuando el entonces senador Viera-Gallo había sido despojado de su cupo por un líder local, Alejandro Navarro, y cuando Bachelet se había impuesto a Insulza y Alvear, escribí en El Mercurio que estábamos ante "el fin de la influencia que ejerció la generación del Mapu sobre la política chilena". La gran obra histórica del Mapu, se-alaba en esa ocasión, fue "la creación y el funcionamiento de la alianza entre la izquierda y la DC, que dio lugar a la Concertación tal cual la conocimos hasta ahora -y con ello, a una cultura política orientada a los acuerdos-. Esto merece un homenaje. Pero las cosas han cambiado. Los puentes ya están construidos. La misma Concertación se ha formalizado: ahora descansa en la institucionalidad de sus partidos, no en las intimidades transversales. Y los partidos se muestran conformes con sus identidades históricas: han renunciado a la aspiración de construir una comunidad política que capitalice lo que fue la transición. Es el fin del Mapu. Ojalá no sea también la muerte de la Concertación".

Mis afirmaciones provocaron furibundas reacciones, que no tengo tiempo de analizar en esta ocasión. Esto me motivó a reflexionar un poco más detalladamente sobre el fenómeno del Mapu; una agrupación política rodeada hasta hoy de una leyenda que supera con creces su fugaz paso por la historia política chilena. Me puse entonces en contacto con Cristina Moyano Barahona, una joven historiadora que me había entrevistado para su tesis sobre el Mapu, y que me había llamado la atención por su conocimiento y su curiosidad intelectual. Nos reunimos en torno a ciertas hipótesis que yo elaboré, y planeamos una investigación que permitiera separar lo que había de leyenda y lo que hay de realidad en torno al Mapu. A poco andar yo renuncié a esta empresa, que superaba con creces mis posibilidades y que me ponía, además, en la difícil posición de actor-observador.

Como verán, me siento muy cercano a este libro, que contiene apenas una milésima de todo lo que Cristina sabe sobre el Mapu, y por ello me resulta difícil comentarlo desde el exterior. No me queda entonces otra alternativa que exponerles, sucintamente, algunas de esas hipótesis que nunca alcancé a desarrollar (las que están en el Prólogo), pero que hasta ahora considero válidas como pistas de investigación.

1. La escisión del Mapu tuvo sobre el Partido Demócrata Cristiano un impacto muy superior a sus dimensiones. De una parte, porque éste se llevó la crema y nata de la intelligentsia joven del PDC, la que disponía de una fuerte influencia intelectual y tecnocrática. Se trataba, por lo demás, del

núcleo que había liderado un movimiento emblemático, como fue la Reforma Universitaria. La DC nunca más se recuperó de esta pérdida en el plano intelectual. De otra parte, el desprendimiento del Mapu -y posteriormente, el de la Izquierda Cristiana- estimuló al PDC en su oposición a la UP y Allende, porque fueron interpretados, y con razón, como digitados por la izquierda.

2. El Mapu ejerció un rol desproporcionadamente alto, tanto en la campaña de Allende como en su gobierno. En cuanto a la campaña, porque Allende pensaba que un obstáculo para alcanzar la presidencia en sus intentos anteriores, había sido el temor del voto cristiano a la izquierda. El Mapu podía ser entonces la ganzúa para penetrar ese electorado y ganar la elección de 1970. A lo largo de la campaña y de todo su gobierno, una y otra vez Allende hizo alusiones a los “cristianos de izquierda” que lo acompañaban -para molestia de los dirigentes del Mapu, que querían desprenderse de la identificación cristiana para transformarse en un partido propiamente de izquierda, con credenciales marxistas y proletarias-. Este rol que le asignó Allende le dio al Mapu un poder simbólico, intelectual y político muy superior a su peso electoral y orgánico. Luego en el gobierno, el Mapu fue muy instrumental al Presidente Allende, quien colocó a muchos de sus militantes en posiciones gubernamentales clave. En parte, ello obedeció a la formación y capacidad técnica de esos cuadros, que eran bienes escasos en la izquierda tradicional. Pero, por sobre todo, a que el Mapu mantenía una posición equidistante dentro de la UP entre los dos partidos dominantes (el PC y el PS), que alimentaban entre sí una soterrada pugna. Tal neutralidad le permitía a Allende encomendar a militantes del Mapu tareas que no podía encomendar a socialistas o comunistas, más fieles a sus partidos que al gobierno. No es extraño, entonces, que algunos dirigentes del Mapu se transformaran en los vicarios de Allende hacia los empresarios y los militares. La vocación de ejercer como nexo o puente entre sectores disímiles, y la fidelidad hacia ciertos objetivos o autoridades superiores por encima de la adhesión partidista, parecen ser ciertos rasgos de la generación Mapu con antiguas raíces.

3. La división del Mapu en 1973 fue la puesta en escena de un conflicto mucho más amplio dentro de la UP. Se trata de la división entre dos bloques: el bloque “gradualista”, partidario de una negociación con las FF.AA. y la DC; y el bloque “rupturista”, partidario de la radicalización del proceso de cambios. El primero era encabezado por el PC y los sectores del PS liderados por Almeyda y la juventud, y respaldado firmemente por la elite dirigente del Mapu. El segundo estaba encabezado por sectores del PS liderados por Carlos Altamirano, tenía fuertes nexos con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), contaba con el respaldo de Cuba y, dentro del Mapu, era apoyado por los núcleos de Concepción, Valparaíso y los regionales Sur, Centro y Norte de Santiago. El quiebre del Mapu en marzo de 1973 por un golpe de fuerza interno, buscaba precipitar una separación de aguas al interior de la UP y el gobierno, con el fin de encaminarse tras una estrategia clara ante una crisis que ya parecía inminente.

4. Los antiguos miembros del Mapu ejercieron un rol relevante en el acercamiento entre la izquierda y el PDC y, con ello, en la gestación de la Concertación. La Concertación se gestó a través de tres tipos de acercamientos: uno espiritual, que tuvo lugar en torno a la defensa de los derechos humanos; un acercamiento intelectual, que ocurrió entre intelectuales de la DC y la izquierda, y que tuvo como escenario las ONG y los centros académicos; y un acercamiento político que se desplegó en diversos momentos, pero que entró en tierra derecha a partir del Acuerdo Nacional hasta culminar en la Concertación por el No de 1988. En estos tres campos de acercamientos, los miembros del antiguo Mapu fueron actores centrales, a manera de nexo o puente entre la DC y la izquierda tradicional.

5. Los antiguos miembros del Mapu han ocupado en los gobiernos de la Concertación posiciones de poder que no se condicen con el poco relevante peso político que poseen en los partidos en que militan. Es lo mismo que les ocurrió bajo Allende. Les ha ayudado el hecho de conocer a fondo y desde dentro el mundo laico social-demócrata (del que hoy forman parte) y el mundo humanista-cristiano (donde se formaron), con redes personales en ambos, lo que les facilita enormemente desplazarse en el seno de una coalición como la Concertación, formada por esos dos segmentos. Esta alianza, única en el mundo, ha encontrado en los antiguos Mapu un invisible factor de cohesión.

6. La mayor obra histórica del Mapu fue la creación de la Concertación: la cristalización de sus partidos y su institucionalización como coalición terminó con su rol histórico. Obviamente, la Concertación no es obra exclusiva del Mapu, ni mucho menos. Pero desde el punto de vista de sus militantes, la creación de la Concertación es su obra más robusta y permanente, considerando que los sueños de crear un partido nuevo (el tercer partido de la izquierda) fracasaron en 1973. No obstante, el logro del Mapu con respecto a la Concertación no fue completo. Su culminación natural tendría que haber sido la creación del Partido de la Concertación; esto es, una identidad y organización nueva, que superara a los partidos históricos (Socialista, Por la Democracia, Demócrata Cristiano y Radical Social Demócrata). Hubo algunos intentos en este sentido. Pero con el tiempo, las identidades e institucionalidades partidarias históricas se fueron imponiendo sobre la transversalidad que dio vida y animó la Concertación. Con esto terminó el rol histórico del Mapu.

Yo no quiero comprometer a Cristina con estas tesis, aunque las conversamos numerosas veces. Lo que estoy cierto es que este libro da muchos elementos históricos para discutirlos. Espero que Éste sea apenas el comienzo de una reflexión mucho más amplia al respecto, que queda en manos de los historiadores y no de los actores.

Antes de terminar quisiera agregar algo más. **La localización del Mapu en la historia política chilena reciente queda incompleta si no se analiza el lugar del MIR.** Éste fue la cara opuesta del Mapu, pero como parte de la misma moneda.

Déjenme relatarles una anécdota personal. Recuerdo que estábamos en 4° medio (sexto de humanidades, en la época), y nos habíamos hecho conocidos por unas trifulcas políticas dentro del colegio (un colegio de clase alta). Por lo mismo, recibíamos las visitas de dirigentes del MIR y del Mapu para invitarnos a entrar en sus filas, y nosotros los recibíamos como si estuviésemos ante una licitación. Los del Mapu llegaban en Citroneta, con sus montgomerys, sus pantalones de cotelé y sus anteojos de carey, y nos invitaban a unos cursos sobre el “joven Marx” en la casa central de la Católica. Los del Mir, en cambio, llegaban acelerando en sus Mini con escape libre, fumando sus Lucky, con sus casacas de cuero negro o sus chaquetones azul marino línea Miguel Enríquez, sus bluyines, sus botas, su pelo largo y sus bigotes, y nos invitaban a encuentros clandestinos con fgines misteriosos. Los del Mapu nos convocaban a la reflexión; los del Mir a la acción. Los primeros apelaban a la culpa y a la racionalidad, los segundos a la rebeldía y a la aventura. Los primeros representaban una juventud contenida, intelectual, desgarrada; los segundo a una juventud lúdica, sensual, musculosa. Por supuesto -como buenos jóvenes de origen católico-, optamos por el Mapu. Pero no había otra opción: Mapu o Mir.

El MIR y el Mapu fueron las “dos almas” -para usar un término que hace poco estuvo muy en boga- de la juventud rebelde de fines de los 60s. Por lo mismo, entre ambos hubo siempre rivalidad, pero también atracción -lo digo yo, que termine casado con una mirista. Por esto pienso que habría que estudiar mejor al Mir, al que se le ha prestado mucho menos atención que al Mapu. A través de la historia de este último se ha intentado -creo que con éxito- descubrir las claves de la transición. Pues bien, no sería raro que a través de la historia del MIR se puedan comprender muchos fenómenos de la post-transición, como este que tanto ha dado que hablar últimamente: el de Marco Enríquez-Ominami, que mal que mal, es un heredero del MIR por todos los costados. En efecto, éste tiene el mismo perfil lúdico, glamoroso y aventurero que tuvieron sus antepasados. Y despierta, al igual que ellos, la misma fascinación en las filas socialistas que les prohicieron, y que les conduce a rechazarlos racionalmente, pero a no mover un dedo en su contra aunque a causa de ellos (como le ocurrió a Allende) se venga abajo la estantería. El Mapu ha muerto junto con el éxito de la transición. Lo que viene ahora es el MIR.

No me cabe más que agradecer a Cristina por su trabajo, y pedirle que siga iluminando un pasado que, por lo que se ve, sigue moviendo su cola entre nosotros.

Comentario efectuado con ocasión del lanzamiento del libro de Cristina Moyano Barahona, "MAPU o la seducción del poder. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969 - 1973)". Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, realizado en la Universidad Alberto Hurtado el 19 de mayo 2009.